

---

# RELIGAR LA CULTURA Y CULTIVAR LA RELIGION

## LA INERCIA DE LOS AÑOS

A finales del siglo XX los venezolanos parecemos estar de acuerdo en los diversos agotamientos. Agotamiento del sistema de partidos que sustituyen al pueblo en lugar de convocarlo, agotamiento del modelo económico petrolero rentista que ya no alcanza para todos y el agotamiento de las grandes instituciones de la sociedad que ya no son capaces de dar sentido a la vida cotidiana y que constatamos en la creciente anomia y anarquía. Es decir, estamos de acuerdo en el agotamiento de los convenimientos básicos que hacían posible el orden establecido y en la necesidad de atacar las actitudes básicas que la sostienen. Pero este acuerdo sobre el agotamiento del actual orden de cosas no significa que lo hayamos trascendido. Básicamente la mayoría de los venezolanos todavía se encuentran en ese modelo. La crítica del uso y el abuso por parte de personas e instituciones no es más fuerte que la costumbre de proceder del mismo modo, y por eso no da paso a las soluciones alternativas.

## LAS PERVIVENCIA DEL PASADO

El modelo en el que todavía nos encontramos es un fuerte entramado de relaciones cuya característica dominante es la pervivencia de viejas prácticas como la fidelidad al jefe, al partido o al sindicato. Las típicas relaciones, por ejemplo, de compinches y compadres. Ese lado oscuro y perverso de las relaciones vigentes pugna con el talante convivencial y relacional de los venezolanos e impide que alcancemos ese mínimo de modernidad que tanto anhelamos. Por un lado se critican las relaciones de compadres y apadrinamientos por sus efectos claramente negativos. Y, por otro lado, se resiste y sospecha (aunque no del todo) de la capacidad de la ley para arbitrar nuestra convivencia. Se resiste y sospecha con razón, porque la ley fue importada e impuesta y porque efectivamente primero condena y después averigua. Pero todavía no hay alternativa. Entonces, unas

veces se lucha con la ley en la mano y otras veces simplemente se sabotea lo que sea. En definitiva nadie se fía del orden abstracto de la ley que se le quiere imponer y que atenta contra el talante convivencial porque aparece desligada de todo control. La ley del orden establecido aparece irreligada y abstracta. La gente no tiene claro quién o qué instancia controla el Estado.

Igualmente seguimos con la gran dificultad para hacer las cosas si no se improvisan. Nos hemos acostumbrado a la incertidumbre de no saber nunca cómo van a salir las cosas. Lo normal es que los problemas "se" resuelvan producto de una genialidad o del azar (lo que no se improvisa no se hace, como en el caso de las cuentas que se sabía que se tenían que presentar en las negociaciones con el FMI).

Todo esto alimenta la sospecha de que, sea cual fuere la naturaleza de las reglas de juego de la política o del mercado, las grandes mayorías, en especial los más pobres, siempre llevan las de perder.

## LA AUSENCIA DE SENTIDOS GLOBALES

En la cultura venezolana de finales de siglo nos vemos afectados por los fenómenos globales. Estos fenómenos llaman la atención por la fuerza que consiguen al interior de nuestra cultura en el momento actual y porque coincide con el panorama cultural internacional. El más importante es la ausencia de sentidos globales -que en el momento de la mayor crisis de la familia y de la escuela como espacios de redistribución simbólica, la frustración de las expectativas y la ausencia de proyectos con capacidad de convocatoria para las grandes mayorías-, ha generado una suerte de sálvese quien pueda y como pueda. En nuestra cultura esta crisis de los sentidos globales -que compartimos con muchos países- ha producido una competencia donde quienes más tienen en términos materiales y simbólicos están en ventaja para imponer el particularismo de sus propios intereses. Esta crisis de sentidos globales no

*Wilfredo González*

**La pseudorreligiosidad ambiental puede incluso banalizar las profundas expresiones de religiosidad que se encuentran en el pueblo -que responden a su dinamismo histórico, a su creatividad y a su auténtica sed de espíritu-, y no al mero desencanto de las promesas del sistema ni a la complacencia antipolítica en la proliferación de expresiones religiosas**

ha conducido al reconocimiento del dinamismo de nuestra cultura y de la diversidad de sujetos culturales que la componen, y menos aún ha dado lugar al pluralismo de expresiones simbólicas. Al contrario ha contribuido a la dispersión social y al repliegue de cada uno sobre sí mismo. La dispersión social ha producido una pobreza de sentidos globales y el repliegue sobre sí mismo una inconsistente autonomía de los individuos.

### LA PARALITURGIA CULTURAL

El otro elemento es la cultura del espectáculo cotidiano. El ciclo de las huelgas y las protestas, de las peleas por el presupuesto y la reducción de personal, los escándalos publicitados y la contemplación de la impunidad reinante, las declaraciones de congresantes y los "paquetes" de los ministros, las declaraciones para salir del paso y la pose ante las cámaras conforman la liturgia de nuestros días. Antes teníamos sermones de curas. Ahora tenemos sermones de politiqueros, periodistas, empresarios y jueces en "vivo y directo".

La comunicación generalizada en que nos encontramos sumergidos ignora que la lengua no es sólo comunicación de lo comunicable, sino también símbolo de lo no comunicable. El culturalismo actual es un comunicacionismo basado en la publicitación de lo privado (Geraldo) y la espectacularización del dolor humano (Ocurrió así). Pero reprime lo indecible: y lo indecible (no se dice porque es desagradable) es el dolor mudo de una cultura "espectacular" pero vacía de sentido.

Esta paraliturgia comunicacional carece de fondo. No está arraigada en la realidad que vive la gente. Sólo pide actores que ejecuten el papel que se les ha asignado o les ha caído en suerte y espectadores que se atengan al espectáculo inevitable de los planes y medidas económicas.

### LA PROTECCION E ILUMINACION DE LOS DIOS

Si se agotaron los convenimientos básicos del orden establecido, si la ley es indiferente ante las personas, sospechosa de favoritismos y no nos protege y si no hay un horizonte compartido sino la conversión en espectáculo de la gran desorientación y dispersión social, sólo queda pedir la iluminación y la protección, el amparo de los dioses, las energías y las fuerzas zodiacales. Ellos sólo piden mente positiva, atienden a cada uno en

particular según sus necesidades y no piden que se transforme la sociedad. El único compromiso es el que cada quien tiene consigo mismo. Por tanto, lo importante es el culto que invoca la protección, no la mediación de la ley. La iluminación individual del propio camino, no la fe que quiere comprender y el goce de los efectos especiales del cine o del teatro, no la representación de ningún drama humano. De este modo una pseudorreligiosidad se apodera de nuestra cultura y parece animarla dándole un respiro en medio de tanta incertidumbre.

### LA PSEUDORRELIGIOSIDAD AMBIENTAL Y EL PROYECTO DE UN NUEVO PAIS

Pero al permanecer el horizonte en el que todos los procedimientos dependen de la amistad y la simpatía y no de los medios que establece la ley para hacer que algo funcione; al resignarnos ante la suerte de cada quien, al legitimar el azar y la improvisación para realizar las tareas y no insistir en la organización, la evaluación y la constancia en la ejecución de los planes sociales; al darle rienda suelta al disfrute y derroche de las divisas petroleras, y al instalarnos ante la creciente cultura del espectáculo informativo y el consumo de "marcas", entonces no parece que el resurgimiento religioso ampliamente publicitado y que llamamos pseudorreligiosidad ambiental, pueda contribuir eficazmente al proyecto del nuevo país que todos decimos que queremos. Porque la pseudorreligiosidad se hace propicia para darle continuidad al modo de proceder que ha agotado la crítica pero que lejos de ser transformado parece que recobra nuevos bríos y más adeptos.

Antes de mostrar por qué nos parece que la pseudorreligiosidad ambiental no contribuye a la transformación del país, hay que recordar que la religión ha estado presente de diversas



**La necesidad de culturizar la religión no se puede fundar en una superación abstracta de nuestros ligámenes sagrados que prescinde de lo concreto para quedarse con el concepto, ni en el artificio de las representaciones que mira el drama de la existencia humana como un teatro en el que los roles ya han sido fatalmente asignados**

formas en la cultura venezolana. Aunque la concepción de los sectores ilustrados entendió que la religión era una etapa que se superaría cuando la razón fuera la que guiara a los pueblos, y aunque la Institución eclesiástica en un exceso de racionalismo tendió a condenar la religión del pueblo por considerarla supersticiosa y sincrética, para ambos llegó a ser claro que la religión merecía consideración. La crítica ilustrada, con sus maestros de la sospecha Marx, Freud y Nietzsche, contribuyó a la profundización de la fe, y los cuestionamientos de la institución eclesiástica provocaron en medio de tensiones y conflictos un respetuoso acercamiento a la religión del pueblo.

Actualmente, ante el quiebre del paradigma ilustrado moderno, el desprestigio de la actividad política y la insuficiencia de la vida enfocada al mero prestigio social y al éxito económico, el discurso pseudoreligioso ambiental aparece llenando el vacío. Pero, en comparación con la función cumplida por la religión en la sociedad tradicional venezolana en anteriores circunstancias, no parece que la pseudoreligiosidad ambiental actual convoque a los diversos sectores del país a construir el país que queremos.

No parece, primero, porque propicia el individualismo y el repliegue a los ámbitos privados desvinculados de los problemas reales, cuando es urgente que nos constituyamos en cuerpo social con funciones diferenciadas y articuladas para el bien del propio cuerpo social.

Segundo, porque en lugar de enfrentar la realidad de las cosas busca paliar el dolor, el sacrificio y el sufrimiento, creando atmósferas complacientes donde el principal problema es la autoestima. Allí se dice por cumplido lo que todos quie-

ren escuchar, pero que no han efectivamente construido.

Tercero, porque en vez de fe y esperanza en la aunque limitada pero constructiva labor racional de los hombres contribuye al escepticismo y la desesperanza respecto de las acciones, planes y proyectos de los seres humanos de carne y hueso.

Cuarto, porque no profundiza en la realidad y en la búsqueda del sentido de la vida, sino que reduce las hondas preguntas de existencia humana a fórmulas y recetas que se pueden adquirir en cualquier lugar aunque no a cualquier precio.

Quinto, porque puede incluso banalizar las profundas expresiones de religiosidad que se encuentran en el pueblo - que responden a su dinamismo histórico, a su creatividad y a su auténtica sed de espíritu-, y no al mero desencanto de las promesas del sistema ni a la complacencia antipolítica en la proliferación de expresiones religiosas. Por algo se habló durante un buen tiempo de resistencia cultural teniendo como ejemplo la religiosidad popular. Justamente, al redescubrir la vitalidad del núcleo ético-mítico de los pueblos, se ve que la modernidad entendida como progreso y desarrollo no es el único horizonte cultural para los pueblos de la tierra. Al menos, no el horizonte occidental en su versión tecnológica y científica y más recientemente informática.

Sexto, porque no se hace cargo de las transformaciones que han producido la ciencia, la tecnología y la informática en la cultura y se empeña en la fragmentación y sectorización de los niveles de representación de la realidad. Esto es, retorna a una cosmovisión mágico-astrol que ya no es capaz de dar cuenta de lo que es la realidad.

## **RELACION ENTRE CULTURA Y RELIGION**

Pero no se piense que la cultura y la religión son dos compartimentos estancos que no tienen nada que ver entre sí. Ambas están estrechamente interrelacionadas. La cultura es el cultivo del alma



individual y colectiva, y el alma encuentra su primigenio culto en la religión. Sin auténtica religiosidad, la cultura ofrece el espectáculo de un alma desalmada. Cuando esto ocurre queda el campo abierto para que el alma de la cultura, eso que la vertebra y la anima, sea sustituida por elementos disolventes aparentemente consistentes.

La necesidad de culturizar la religión no se puede fundar en una superación abstracta de nuestros ligámenes sagrados que prescinde de lo concreto para quedarse con el concepto, ni en el artificio de las representaciones que mira el drama de la existencia humana como un teatro en el que los roles ya han sido fatalmente asignados. Una cultura así sólo necesita actores y espectadores pero no sujetos libres que decidan cómo tienen que asumir no un papel delimitado de antemano, sino una misión que los lanza al mundo.

La cultura religada es el lugar de replanteamiento crítico del sentido y sinsentido de la vida, de la memoria y el deseo, de la transmisión del modo de habérselas con la realidad, de lo que en definitiva compartimos y que nos hace más humanos. □

Wilfredo González es miembro del Centro Gumilla.